XII

UNA PALABRA ACERCA DE LA ESCOLÁSTICA

---

(1) Hettinger dice: "el especialista encariñado con el estudio de su predilección, ve casi con desdén las otras ciencias, sobre todo, la filosofía, creyendo que no necesita más que su especialidad. ("Timoteo," pág. 244.)

(2) "No el "positivismo religión," pero sí el "positivismo doctrina," dice—Ollé Laprunne—está ahora en todas partes." (Introducción al libro de Gruber de 1892, pág. IX.)

(3) "History of Philosophy." Homme. tomo II. Conclusión. (Gruber, "Augusto Comte," pág. 10.)

(4) Acabamos de leer lo que ya nos parecía haber descubierto: que Spencer siempre piensa por cuenta propia y no conoce los grandes maestros de la filosofía. ¿Podrá dominar una ciencia quien desprecia la de todos los siglos? (Véase el artículo de "Herbert Spencer et la Philosophie de la Vie" en la "Revue des Deux Mondes," de 15 de Agosto de 1904, pág. 841). Por mucho que piense, quien piensa solo tiene que errar en demasía. "¡Ay de las generaciones solitarias!"—decía Ozanam.—Con mayoría de razón puede decirse lo mismo de los filósofos.

(5) El mismo Leibnitz pudo advertir las consecuencias anti-religiosas que nacen de la teoría de Descartes acerca de que la extensión es esencial á los cuerpos. ("Sistema Theol.," pág. 132, ed. de Lovaina.)

(6) Canónigo Didiot, "Un siecle, pág. 400.

(7) No podré decir en donde leí esto de Balmes, pero no me cabe duda haberlo leído. En cuanto á que algunos lo ha-

yan tenido por escolástico, más ó menos franco, véase á Darras, "Histoire de l'Eglise," vol. 40, pág. 500.

(8) La Compañía de Jesús que en el siglo XVI tuvo la gloria de cultivar la filosofía de Santo Tomás con tanto brillo, en el nuestro contribuyó no poco á su restauración. Entre los grandes Jesuítas propagadores de la Escolástica, debemos citar con respeto á Cornoldi y á Cardella que en 1878 dijo en el Colegio Romano, hablando en nombre de sus co-profesores, que él consideraría á Santo Tomás como regla y, por decirlo así, como ley de la enseñanza. (Gómez Izquierdo, "Historia de la filosofía del siglo XIX," pág. 430.)

(9) Didiot. "Un siecle," pág. 401.

(10) Sentimos no poder reproducir, por falta de espacio, los tercetos de bronce del gran poeta florentino relativos á Santo Tomás, pero si el lector quiere ver reunidos los principales de ellos, para ahorrarse el trabajo de buscarlos en la "Divina Comedia," puede verlos en Hettinger. ("Timoteo.")

(11) Según Didiot, ("Un Siécle," pág. 398,) la filosofía de Aristóteles, completamente espiritualizada y cristianizada por la escolástica francesa de la Edad Media, ejerció excelente influencia sobre pensadores como Caro, Martín, etc., aún antes de la encíclica "Aeterni Patris;" pero de ellos creo que podemos decir lo que de Balmes y Lacordaire.

(12) "La filosofía católica abandonando la dirección tradicionalista y ontologista del período anterior, "alentada por la encíclica "Aeterni Patris", emprende la restauración escolástica en dos direcciones: 1a. se limita á exponer y comentar la obra de Santo Tomás: 2a. pretende ampliar la síntesis escolástica con las conclusiones bien establecidas de la ciencia y filosofía contemporáneas (Escuela de Lovaina.") (Góméz Izquierdo, obra citada, pág. 198.

(13) Didiot, "Un Siecle, pág. 402.

(14) Von Jhering. "Timoteo de Hetinger."

(15) Didiot, "Un Siecle," págs. 405 y 406.

(16) Forbes (R. P.) "L'Eglise Cattolique au XIX siécle," pág. 221.

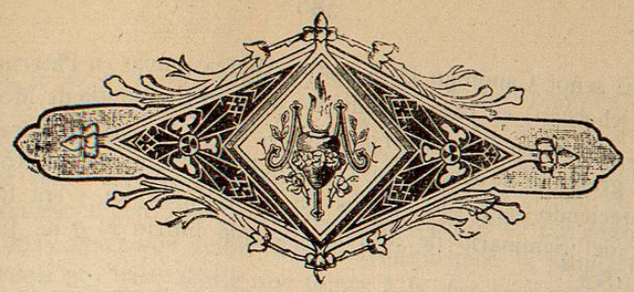
(17) Dice el Sr. Gómez Izquierdo que en Francia no encontró la Encíclica "Aeterni Patris" fermentos de tomismo, y me llama la atención que ningún autor de historia de la filosofía, y lo que es más extraño, ningún biógrafo de Lacordaire (tengo á la vista á Chocarne y á Haussonville) hayan considerado al gran dominico como tomista. Sólo dice Chocarne que su lectura favorita en alguna época de su vida fué la "Summa."

(18) Gómez Izquierdo, pág. 522 de la obra citada. Entre los colaboradores más ilustres de León XIII en la restauración de la escolástica en España, hay que citar á Fr. Zeferino González.

(19) En Alemania, la encíclica "Aeterni Patris" tuvo una resonancia inmensa, y produjo los mejores frutos. Ya Kleutgen, el Jesuíta, publicaba su filosofía casi al mismo tiempo que San Severino, es decir, antes de León XIII; pero después de la encíclica el sabio religioso tuvo infinitos imitadores, muchos de ellos Jesuítas también. (Gómez Izquierdo, pág. 497.) Entre los grandes escolásticos modernos hay que citar también al gran profesor de Lovaina, Monseñor Mercier. (Gómez Izquierdo, obra citada, cap. XVIII.)

(20) Balmes, "Historia de la Filosofía," art. Hegel.

(21) Es curioso saber que en Francia, en el siglo pasado, antes de que la escolástica se restaurarse, toda la filosofía del clero se encerraba en un manual, "Philosphia Lundonensis" (Baunard, "Un Siécle de l'Eglise de France," pág. 359) de donde salió un poco más grande, pero no más profundo, nuestro conocido Bouvier.



XIII

FILOSOFÍA DE SANTO TOMÀS

(1) Véase la Encíclica "Aeterni Patris" de 4 de Agosto de 1899.

(2) "Summa Theologica. Prologus."

(3) El señor Canónigo Don Agustín Abarca, á quien tanto debe el Seminario de Morelia.

(4) Gómez Izquierdo, "Historia de la Filosofía," pág. 563.

(5) Este ejemplo no es mío; lo he oído al señor Lic. D. José T. Guido, antiguo alumno de nuestro Seminario, cuyos conocimientos en filosofía escolástica son notables.

(6) Prisco. "Elementos de Filosofía especulativa." Vol. 2, pág. 154.

(7) Para que el lector pueda tener completa idea del atomismo, insertamos la disertación del señor Abarca, hasta ahora inédita. Ya será mérito para nuestro libro, siquiera el dar á conocer ese trabajo, corto, pero substancioso en demasía.

Ojalá y este ejemplo nuestro sirva de estímulo también, á los que puedan editar las obras que aquel hombre notable dejó escritas y que, aunque pocas, no dejarán de ser en gran manera honrosas para quien las escribió, y útiles para quien las lea.

El señor Canónigo D. Agustín Abarca, nació en Pátzcuaro (Michoacán) en 1843; estudió en nuestro Seminario de Morelia; enseñó en él en diversas épocas, física, teología y literatura; graduóse de Doctor en Teología en la "Minerva" de Roma mereciendo calurosos elogios del gran P. Lepidi, y era Rector del Seminario de Morelia, cuando murió el 9 de Julio de 1891.

El mayor anhelo de su vida, y podemos decir el único, fué el de establecer en el Seminario sólidamente los estudios de filosofía y teología de Santo Tomás.

Disertación acerca de la hipótesis atomística

Señores:

Habiendo llegado (siguiendo el curso de nuestros estudios) al punto en que nuestro guía, el Angélico Doctor, se pregunta si hay acaso en Dios composición de materia y forma, nos pareció, como era natural, que no debíamos pasar adelante sin fijar primero y dilucidar esas trascendentalísimas ideas.

En lo sucesivo debíamos encontrarnos con ellas á cada paso: y la filosofía escolástica gira sobre ellas como sobre sus polos, hasta el grado de que, los unos por desprecio, los otros por admiración, la llaman todos la filosofía de la materia y la forma.

Los tres órdenes reales de seres que se conocen, ella los caracteriza y define por esas ideas primordiales. Los cuerpos son para ella compuestos de materia y forma; los ángeles formas separadas; Dios es la forma pura: por manera que nada en ella se explica ni se entiende sin el conocimiento exacto del valor y significación de esas nociones que la filosofía de la Edad Media tomó de la escuela socrática, y que parecen ser tradicionales en el mundo y tan antiguas como él.

Mas para descifrar y explicar convenientemente esas ideas, es preciso afrontar una gran cuestión: la de la naturaleza y esencia de los cuerpos; cuestión que ha dividido á los filósofos en todas las épocas de la historia de la ciencia, y que parece ser el eterno postulado de todas las filosofías. ¿Qué es un cuerpo? No éste ó aquél, sino en general. ¿Qué es un cuerpo? A esta pregunta debiera responder cada uno como San Agustín cuando trataba del tiempo: "si no me preguntas, lo sé; si me preguntas, lo ignoro;" porque ninguna idea es tan fácil de adquirirse, en apariencia, y tan difícil en la realidad. Desde nuestro nacimiento, los cuerpos nos rodean por todas partes: todos nuestros sentidos nos ponen en comunicación con ellos; y cuando nos alejamos de ese contacto y nos encerramos dentro de nosotros mismos, la propia conciencia nos hace sentir que somos á la vez espíritus y cuerpos. Un hombre rústico se admiraría sobre manera si se le dirigiese esta pregunta: ¿qué es un cuerpo? Sin embargo, los sabios se la han hecho á sí mismos, y apenas si la han podido contestar.

La escuela de Santo Tomás contesta que cuerpo en general es todo compuesto de materia y forma: Compositus ex materia et forma. Es decir, es cuerpo todo lo que se compone de estos dos principios. Hay en todo cuerpo, cualquiera que sea su especie, un principio en potencia, otro principio en acto; ó para hablar el lenguaje moderno, un principio activo, otro pasivo. La materia es el elemento pasivo, y lo es tanto, que no puede ni existir siquiera si no está colocado bajo la acción del otro. La forma es el elemento activo, y lo es hasta el punto de que no puede existir si no obra, si no tiene sobre qué obrar. De consiguiente, separados entre sí estos dos elementos, ni son cuerpos, ni tienen existencia alguna; mas apenas se juntan, y dan nacimiento á un cuerpo; á la manera que el oxígeno y el hidrógeno producen lo que no eran antes: el agua. Y si decimos que se juntan, no es porque antes hayan existido, sino porque debieron ser producidos ó criados á la vez, pues de otra manera no podrán existir. Los cuerpos son activos por su forma; pasivos, por su materia. Y como los distinguimos y diferenciamos por sus diversas actividades, decimos que la forma es quien les especifica, quien les reduce á determinadas especies. La plata, es plata; el oro, es oro, por su forma: así como un trozo de estos metales sería un individuo por su materia. La forma es el principio de especificación; la materia, el principio de individuación.

La materia es común; y las formas diversas é innumerables criadas por Dios al principio, y distribuídas á las distintas porciones de materia, determinaron todos los variadísimos cuerpos que pueblan el universo. Las formas pueden trasladarse de unas materias á otras; y bajo el poder omnímodo del Criador, una substancia puede transmutarse en otra, así en su materia como en su forma. Esta conversión

absoluta se llama transubstanciación. Pero aún de potencia ordinaria puede Dios cambiar y permutar las formas de los cuerpos. Ese poder lo ha comunicado á las causas segundas; y muchos cuerpos, sujetos á la acción de ellas, pueden perder su forma y ganar otra, cambiándose substancialmente. Así se explica la generación de los animales; y por el poder de los que llamamos agentes, las combinaciones químicas, cuando son perfectas.

Tal es, simplemente enunciada, la famosa doctrina de la materia y la forma. Cumpliendo con el honrosísimo encargo que he recibido, yo debería exponerla en toda su extensión, y manifestar á la vez sus fundamentos; pero por las dificultades que encierra, en especial para nosotros, me ha parecido que era antes indispensable remover algunos obstáculos, y allanar de esta manera el camino. Porque educados como lo hemos sido en las doctrinas de Descartes, estamos tan lejos, no diré de la aceptación de las doctrinas escolásticas, sino aun de su simple inteligencia, que necesitamos para ella remover nuestras ideas desde su fondo, y renacer científicamente otros hombres. Para entrar con interés en estos estudios, que por su misma abstracción y aridez, y por el recogimiento y meditación que exigen, chocan hasta á nuestro modo de ser y á nuestras costumbres, será preciso dudar, al menos de nuestras antiguas ideas, y poner á discusión hipótesis y teorías que hemos recibido desde niños como principios incontestables. El estudio de ciencias puramente experimentales nos ha acostumbrado á cierta facilidad y llaneza; porque en esas ciencias los sentidos y la imaginación son todo. Al que avalúa los perdidos volúmenes de otras edades, sentimos que sólo en el cláustro ó en una existencia tan recogida como la de él, pudieran concebirse y escribirse; mientras nuestros estudios son un viaje recreativo, un simple y desahogado paseo.

De aquí nace en nosotros un desvío profundo hacia doctrinas que requieren para ser comprendidas retraimiento y meditación: y que estemos tan contentos con una ciencia cuyos lauros se recogen como las flores en un jardín. Nuestro deseo quedaría satisfecho si lográramos, como ya se ha intentado, que la misma jurisprudencia y la política, que aún conservan algo de su elevación nativa, se convirtieran en simples ciencias de observación.

Ahora mismo que oíais la exposición de la doctrina de Santo Tomás sobre la materia y la forma, debe haberos ocurrido,

Señores, lo que á todos nos ocurre en casos semejantes. ¿Para qué tanta metafísica para explicar una cosa tan sencilla como es un cuerpo? ¿No lo sabemos hoy todos? ¿No se nos enseñó con el carácter y el acento de la más absoluta seguridad, y de la claridad más perspícua, cómo están constituídos los cuerpos? Un cuerpo es un conjunto de átomos, es decir, de corpúsculos físicamente indivisibles, pero extensos y resistentes No se hayan estos átomos en contacto los unos con los otros, porque así no podrían explicarse algunos fenómenos de los cuerpos; sino que están á distancias, mantenidos á ellas por fuerzas atractivas y repulsivas: atractivas, pues que no se separan, repulsivas, porque no se juntan. Según unos, en reposo; según otros, en movimiento, forman los átomos agrupaciones ó sistemas que se llaman moléculas, que son las que constituyen los cuerpos químicamente. Una substancia es simple cuando no contiene átomos homogéneos; pero será compuesta, si los tiene de distintas especies.

Los átomos son inalterables: un átomo de oxígeno lo será siempre; y sólo las substancias compuestas pueden cambiar, mudándose su composición. Esto, según unos; según otros, los átomos todos del universo son homogéneos, y sólo á sus diversas colocaciones ú orientaciones debe atribuirse la multiplicidad de substancias. Pero dejando á un lado estas y otras diferencias que pudieran hacerse notar entre los sostenedores de esta doctrina, la esencia del atomismo consiste en suponer que los cuerpos son compuestos de átomos y fuerzas. Corpúsculos dotados de extensión é impenetrabilidad, inertes por sí mismos y colocados bajo la acción de fuerzas que obran á distancias infinitamente pequeñas, este es el atomismo, esta la doctrina que todos aprendimos, y que Descartes y Easendi substituyeron á la de los escolásticos de la materia y la forma.

Esta doctrina de los átomos—se dice—es la moderna; mejor, por consiguiente, que la antigua. Esta doctrina está hoy en posesión de todas las inteligencias, al menos de las que se dedican al estudio de la naturaleza. Ella explica todos los fenómenos, y, por consiguiente, no necesitamos otra, habiendo ésta demostrado, aunque no sea más que por exclusión y por sus efectos y resultados, la falsedad de las demás. A lo cual debe agregarse que, si domina en todas las ciencias naturales, es porque es ella física por excelencia, y no metafísica, como la de los antiguos doctores.

No podemos, pues, pasar adelante en el estudio de la doc-